

CARLOS OBLIGADO*

Hace 50 años, el 3 de febrero de 1949, murió Carlos Obligado. Esta Academia, como es de práctica, debe recordar esa luctuosa circunstancia al cumplirse medio siglo de su muerte, en tanto Obligado fue su miembro de número desde 1932, y desempeñó, en los diecisiete años de su paso por esta Corporación, el cargo de Académico secretario.

Cumplo, tal como se me ha encomendado, en recordar su historia, con la norma que exigía Stendhal: “He aquí detalles exactos”.

Nació en 1889 cuando su padre, Rafael Obligado, ya era reconocido como “el poeta nacional por excelencia”. No habrían de transcurrir cuatro años cuando Rafael Obligado publica su único libro, *Poesías*, con algo más de cincuenta poemas (su obra total no supera el centenar de composiciones) y con ello proyecta a la posteridad sus poemas *Santos Vega*, *Falucho*, *Ayohuma* que, en su tiempo, le dieron vasta fama en la meseta culta y en el campo popular.

* Comunicación leída en la sesión 1093a., del 24 de junio de 1999.

De un gran poeta nacional nace ese hijo que guardaría fidelidad al espíritu paterno y a quién definiría, en su discurso de ingreso a esta Academia, como “aquel hombre de bien y aquel poeta que amó, más que la poesía y el renombre, un nombre nada más: el nombre de argentino”.

Cuando Rafael Obligado muere, el 8 de marzo de 1920, en Mendoza, Carlos Obligado tiene 31 años de edad. Un año después, el hijo fiel editará, con un prólogo de su autoría, la segunda edición del libro de aquel a quien llama “profunda voz de la patria”. Doce años después, el 4 de noviembre de 1933, Carlos Obligado ocupará, en su condición de académico, el sillón “Rafael Obligado” de esta Corporación y pronunciará en la sala central de la Biblioteca Nacional, en la calle México, su discurso sobre “El argentinismo de Rafael Obligado”.

No habrá sido fácil para Carlos Obligado sobrellevar en vida el peso de la fama de su progenitor, esa “sombra augusta y bien amada para mí, entre todas”. No habrá sido fácil. Pero los identificó la consolidación de un linaje con dos siglos de asentamiento en tierra argentina (desde su bisabuelo español, don Antonio, quien allá por 1779 adquiere las tierras donde va a levantar el solar familiar del Castillo en la Vuelta de Obligado); la convicción de que, sin desmerecer la importancia esencial en nuestra cultura de la lengua española, era posible librar “el combate por un ideal de argentinismo literario”; la comunión amorosa con el paisaje de su Castillo, en el lugar donde se memora el glorioso combate librado en 1845 por las armas nacionales contra la escuadra anglo-francesa que intentaba forzar el paso del Paraná. (Como se recordará, ese hecho y esa circunstancia habrían de motivar al Libertador San Martín a disponer, en su testamento, la donación a Juan Manuel de Rosas del “sable que me ha acompañado en toda la gue-

rra de la Independencia de la América del Sud ... como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla”.)

De esa Vuelta de Obligado, va a decir: “Ungido de tradición y de glorias patrias y que hoy, *nel mezzo del camin*, es uno de los tres o cuatro amores por quienes amo la vida”.

No hay duda de que esas vivencias, afectos y conductas compartidas acallaron la voz propia de Carlos Obligado en vida de Rafael Obligado; así como también reafirmaron el sentimiento del hogar familiar, el amor a la lengua heredada y la memoria histórica que habrían de gravitar, decididamente, en la vida, la cultura y la obra de Carlos Obligado.

Después de la muerte de su padre en 1920, Carlos Obligado va a publicar varios libros de poesía: *Poemas*, en 1920; *Poesía*, en 1923; *De los grandes románticos*, en 1923; *El Poema del Castillo*, en 1938; *Patria*, en 1943 y, en prosa, *La cueva del fósil*, en 1927 y *Temas poéticos*, en 1936.

Por otra parte, va a cumplir una intensa actuación pública como Decano Interventor en la Facultad de Filosofía y Letras en 1931 y en 1943; Interventor en la Universidad de Buenos Aires en 1944 y Presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares desde 1943 hasta su muerte.

Su obra poética es más un testimonio argentino que una efusión literaria. Dueño del idioma —“conoce minuciosamente el idioma”, afirmó Marasso— usó la palabra y el verso para “testimoniar” más que para el deleite de los gustadores de la Poesía. Tercetos tallados como diamantes, los de *Patria*; romances tenaces como discursos, los de *El Poema de la Vuelta de Obligado*; sonetos facetados, burilados, con la precisión del escultor que, como Miguel Ángel, sabe sepa-

rar del mármol todo aquello que estorba a la aparición de la figura escondida en la cárcel pétreo.

Tal vez la retórica, que, al contrario de la poesía, solo vive el tiempo que le fija una época literaria, desmerezca el valor poético de *Patria*; tal vez los romances de Obligado se resientan de un arcaico castizo que solo García Lorca y Banchs pudieron sortear para jerarquizar el romance, una de las primeras formas poéticas que el pueblo adoptó como propias para memorar y hacer memorable el relato de hechos o “sucesidos”; pero nada de esto pesa en la justipreciación de los méritos y los valores de la personalidad de Obligado y de su vigencia en la formación de la personalidad cultural de nuestro país.

Ante sus restos mortales, Tomás D. Casares dijo: “Tenía el privilegio de haber recibido en herencia el amor a la belleza, a la verdad y a la tierra natal”; Carlos Ibarguren, a la sazón presidente de la Academia Argentina de Letras, afirmó que “tenía el señorío del hidalgo de otros tiempos”, “fue el caballero cristiano por antonomasia”, y subrayó “su amor ilimitado a la Patria”; y Leopoldo Marechal, en nombre del gobierno nacional, expresó: “Figura señera de nuestra joven, combatida y siempre victoriosa nacionalidad”, “la Patria fue el objeto de su vigilia, el dolor y el gozo de su alma, la novia de su canto”. Y remarcó: “Hombre íntegro, ciudadano irreprochable, cultísimo escritor, maestro ejemplar”.

Todos señalaron que “su deceso fue una dura prueba para la cultura argentina”.

Hasta aquí los “detalles exactos” de que hablaba Stendhal ante la magnificencia de la Catedral de San Pedro: medidas, cifras, mensuras... En fin, una vida en un curriculum vitae. Y nada más engañoso.

Porque en don Carlos Obligado —como le llamábamos

quienes tuvimos el privilegio de conocerlo y tratarlo— lo singular y propio eran su militancia en el área política del nacionalismo; su fe católica sin renuncias; el *élan* vital que lo llevó a vivir, como dice en *Patria*, con “el alma templada como un acero”; y la conciencia de que “tener patria es peligrar”. Por eso el noble y suave Marasso, al recibirlo en la Academia, dijo: “La patria está en la obra de amor, en lo que se hace con esfuerzo más que humano, en la verdad y en el deber, no en la envidia y el odio, ni en el miserable olvido”. Y finalizó: “La Academia tendrá en él a quien sirve desinteresadamente a la República”.

Pero, además, Carlos Obligado heredaba, por la inmediatez con la Generación del 80, la sensación y lo que sentían algunos argentinos del patriciado como en desolación: que el país se les iba de las manos. Que el ideal del progreso indefinido, la inmigración abierta, la inserción dominante del capital inglés en nuestra economía constituían signos de una derrota inevitable.

Rafael Obligado expresa el sentimiento de indefensión: “Nuestros padres eran soldados, poetas, artistas. Nosotros somos tenderos, mercachifles, agiotistas”.

Ese sentimiento aparece en todos los libros que la educación argentina tomará como paradigmáticos de una conciencia nacional.

En los versos finales del *Santos Vega o los Mellizos de La Flor* de Ascasubi:

y al momento que salieron
apariados galopiaron
hasta que se traslomaron
y de vista se perdieron.

En el *Martín Fierro* de Hernández:

Después a los cuatro rumbos
los cuatro se dirigieron;

En el *Santos Vega* de Rafael Obligado:

Santos Vega se va a hundir
en lo inmenso de esos llanos...
[...] Llegó, hermanos,
el momento de morir!

En el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes:

me fui como quien se desangra.

y en Carlos Obligado, en su libro *Patria*:

¿Queda algo en la Nación, nuestro de veras?

La angustia de esa decadencia y de esa derrota la padeció Obligado como el llamado a una misión de rescate, y la aparcería con su padre en el amor a lo nacional y al espíritu de la tierra lo obligaron a tomar partido. No es extraño ese compromiso que asume sin dobleces –de lo cual da claro testimonio su libro *Patria*– ni que afirme en la revista *Nosotros*: “Yo que me honro en ser y en haber sido el más reaccionario de los argentinos”. No lo fue; sí una *pasión argentina*, menos literaria que la de Mallea y, por eso mismo, más castigada por los cambios de vientos que sufre cíclicamente nuestro país, y por “la envidia, el odio y el miserable olvido” del que hablaba el espíritu en santidad de Arturo Marasso.

Leopoldo Marechal expresó el sentimiento de patria en

dos versos impecables:

la patria es un dolor que nuestros ojos
no aprenden a llorar.

Don Carlos Obligado lo dejó inscripto de un modo más
terminante:

nada soy pero amarla es mi destino;
diera mi sangre por su vida y gloria.

O en estos cuatro versos definitorios de un compromiso
vital:

Y que lo mucho o poco
que acaso valga lo debo
al firme arraigo en la tierra
y en el espíritu nuestro.

Y, sobre todo, en ese verso estremecedor de *Patria*:

sólo es cabal la vida de los muertos.

José María Castiñeira de Dios